



Actas de las Jornadas de Historia sobre el Descubrimiento de América

Tomo II. Jornadas IV, V y VI
2008, 2009 y 2010
“Casa Martín Alonso Pinzón”
Palos de La Frontera

Excmo. Ayuntamiento de Palos de la Frontera
UNIA_Sede Santa María de La Rábida



Franciscanos en el Nuevo Mundo

Fray Carlos Amigo Vallejo

Cardenal Arzobispo emérito de Sevilla

Son muchos los documentos históricos contrastados, y no pocas las leyendas que existen en torno a las motivaciones, que llevaron a los franciscanos a emprender una aventura tan difícil, arriesgada y maravillosa como fue la evangelización del Nuevo Mundo. Ellos habían recibido la encomienda de cuidar la presencia del Evangelio en los territorios de ultramar. Tenían que llegar, por tanto, a las nuevas tierras descubiertas.

Los objetivos que se pretendían alcanzar, no eran otros que aquellos que los de dar gloria a Dios y llevar al conocimiento de Jesucristo. Llegaron, pues, hasta los habitantes de esos nuevos pueblos, se metieron en su propia cultura y trataron de ayudarles a vivir dignamente según el espíritu del Evangelio, promoviendo e impulsando proyectos y eficaces realizaciones de enseñanza y promoción humana y cristiana.

La evangelización franciscana, siempre desde la fidelidad a la Iglesia, tiene unas características peculiares, dimanantes del propio ser y del estilo de vivir y de comunicar el Evangelio. También, entre los distintos ministerios, hay unos particularmente adecuados al modo de ser franciscano.

1. Principios y criterios de evangelización franciscana

En la forma de evangelización franciscana hay unos criterios inconfundibles que dimanar, como no puede ser de otra manera, del espíritu que Francisco de Asís dejara como espléndida herencia a sus seguidores. Todo ello se traduciría en unos modos de acción y en unas realizaciones concretas en la vida de las personas a las que deseaban evangelizar. Entre esos principios y criterios tenemos los siguientes:

Mirar y convertirse al hermano, que equivale e implica aceptar la necesidad del hermano como mandato evangélico de caridad y de amor fraterno. La necesidad de mi hermano es mandato para mi y que debo obedecer con fidelidad. Ayudaos mutuamente a llevar la carga, advertía Pablo, que así es como vais a cumplir la ley de Cristo (Gal. 6,2). Es disposición para reconocer el valor y la dignidad del

hombre. Actitud de humildad, que no es desprecio de uno mismo, sino reconocimiento del valor de los demás. El hermano es mi señor.

La pobreza de los franciscanos seduciría de tan manera a los indios que hasta les cambiaban el nombre. Fray Toribio de Benavente sería para ellos Motolinia: el hombre pobre y bueno.

Acudir a los demás con sensibilidad y misericordia no son, simplemente, actitudes de referencia para el acercamiento, sino disposición esencial de encarnación. Es meterse en el hermano, vivir y hacerse una sola cosa con él, identificarse y aceptar la misericordia que nos ofrece. Lo cual implica una gran disposición de pobreza. No tener nada porque todo se ha puesto en el amor de Dios y de los hermanos. El hermano es Jesucristo. Y hermano es aquel que ha sido asumido y redimido por Jesucristo.

Evangelizar en fraternidad, pobreza y humildad. Fraternidad y pobreza son piedras esenciales e ideal a alcanzar. Estar con los hermanos, que se han recibido como don de Dios, y vivir en pobreza y humildad. Son disposiciones fundamentales de la vida franciscana. Notas también esenciales que se expresan en unas formas existenciales de vida, y que ponen el sello de una peculiar evangelización que se refleja en la vida fraterna o en la vida contemplativa, en las diversas actividades o con el testimonio de la simple presencia.

Fray Juan de Tecto había sido doctor y profesor en la Universidad de la Sorbona. Ahora reunía a los más pequeños para enseñarles las primeras letras. Lo importante no era el lugar ni la condición de los discípulos, sino el valor de la persona a la que había que enseñar.

Seguir las huellas de Jesucristo, buscando, aprendiendo, imitando y dejando en el propio caminar el sello de la paz y del bien del Señor, pues han de considerarse como enviados para anunciar el evangelio de Jesucristo a toda criatura “*y hagáis saber a todos que no hay otro omnipotente sino Dios*” (*San Francisco. Carta a toda la Orden*, 9). Así, el comportamiento diáfano y transparente del amor de Dios, se convierte en signo profético, por el que los hombres ven y alaban la bondad de Dios.

La misiones populares fueron uno de los instrumentos de evangelización más apreciados por los franciscanos. Como itinerantes, recorrían los pueblos y mostraban, con la vida y la palabra, el Evangelio de Cristo.

Buscar al hermano y hablarle de Dios. La presencia de la fraternidad franciscana, en aquellos ámbitos donde vive la gente pobre y en núcleos secularizados, es signo de salvación, pues están manifestando, con humildad, valentía y alegría, su fe en Dios. La fraternidad no vive para sí misma, sino para los demás, “*buscando tener con todos los hombres la misma comunión fraterna que ellos cultivan entre sí*” (*Constituciones Generales ofm, 16, 6*). Y no sólo a quienes están cerca, sino hacerse cercanos a los que nunca han oído la buena noticia de Jesucristo. Vayan a ellos y confiesen entre ellos que son cristianos (*1Regla 16, 6*).

Los franciscanos se acercaban a los indios, aprendían su lengua, aceptaban sus costumbres, se metían en su cultura y tradiciones. Sobre todo ello caía la luz del Evangelio. Una verdadera inculturación de la fe cristiana.

Viviendo entre ellos como amigos y hermanos. Así lo quiso San Francisco para los frailes que deseaban ir a misiones entre los no cristianos. Es una de las notas más apreciadas, y que marca el estilo de ser franciscano, es la cercanía. Hacerse próximo. Que nadie se sienta distanciado. Es una proximidad recíproca. El franciscano está cerca de lo demás. Todos los hombres, particularmente los más pobres y desasistidos, debe tener como algo propio al franciscano.

No se trata sólo de una mera cercanía física, sino de un estar con el hombre, con gran respeto a la conciencia de cada uno, descartando cualquier interés proselitista. Y no aspirar a más de lo que el Señor quiera obtener. Y querer a los hombres tal como son. Y no pretender que sean mejores cristianos para uno mismo sino para Dios (*San Francisco. Carta a un Ministro, 5-8*).

Y hacerlo todo con humildad y paciencia, pobreza y fraternidad. Sencillez de vida y alabanza con gratitud a Dios, que es el único que merece toda bendición.

2. La acción franciscana en el Nuevo Mundo

Nada había de cuidarse tanto como la atención religiosa a quienes eran hijos de Dios y súbditos de la corona española. Este era el primer propósito de la presencia cristiana en América. Aunque bien sabemos que la nobleza de tales intenciones no siempre encontró, en el comportamiento de los hombres, todo el apoyo que necesitara.

De lo que no cabe duda, es del empeño que pusieron muchos hombres de bien, gobernantes, misioneros y colonizadores, para que no se olvidara el primer propósito: la evangelización de los indios.

Una de esas admirables figuras de la historia de la evangelización y de la cultura, es el sevillano (nació en Marchena) y franciscano (religioso en la Provincia Bética), Fray Luis Bolaños. Primero fuera el poblado de los Altos. Después, Ytá, Caazapá y Yuti. Siempre la misma intención de evangelizar. Y de hacerlo en tal manera que se respetara la propia dignidad de la persona. Fray Luis Bolaños quedará siempre unido a la historia de Paraguay como padre, misionero, pedagogo, lingüista y pionero en métodos evangelizadores. A él se debe la grafía del idioma guaraní y la fundación de las primeras reducciones franciscanas. Todo para buscar, de manera incansable, el mejor camino para predicar el evangelio y conseguir el desarrollo humano y religioso del indio.

Quisieron ser las reducciones un modelo de organización social, de vida cristiana. La “juntura o separación” de los indios, la convivencia con los españoles o el aislamiento en barrios o poblados distintos eran objeto de opiniones y conductas diferentes. De lo que nadie puede dudar es del interés de los misioneros, y con ellos tantas otras personas, que buscaron, en todo momento, el bien de aquellos que la Providencia había puesto en su camino. No era la actitud despótica y paternalista de llegar hasta los pueblos y anular su libertad y su autonomía, sino de procurar esas condiciones donde el hombre, el indio en este caso, pudiera ser el artífice de su propio destino. Los aciertos y errores quedan para el juicio de la historia. El sincero convencimiento de que estaban haciendo lo mejor para ayudar a los más débiles, como ejemplo permanente a seguir.

Se puede pensar en Fray Pedro de Gante, que en la escuela conventual enseñaba los más variados oficios. Fray Juan de Zumárraga, Arzobispo de Méjico, que llevara a América la Universidad y la imprenta. Fray Antonio de la Cruz, que impulsó la creación

de escuelas para la formación de las niñas y de las mujeres. Los hospitales fundados por Fray Juan de San Miguel. Fray Andrés de Olmos y el teatro religioso. Fray Juan Calero, que fundara pequeños pueblos para atender mejor a los indígenas. Unos de esos pueblos es el hoy famoso Tequila. Junto al convento había una escuela y un hospital.

No siempre se acertó en los métodos y mucho menos en las personas, pero sigue causando admiración la ingente labor humana, cultural, religiosa y civilizadora realizada por los misioneros en América.

3. Una historia inacabada

La evangelización franciscana continúa en América después de cinco siglos. La revisión, la crítica, el estudio histórico, la investigación... Todo ello realizado con seriedad, sin prejuicios, sin motivaciones partidistas, sin afanes reivindicatorios, sin ocultas tendencias anticatólicas..., no puede menos que conducir a un mejor conocimiento de la obra de los franciscanos en América. Pues no son, simplemente, las acciones de los hombres lo que se quiere recordar, sino cómo la buena noticia del evangelio ha ido llegando impulsada por la gracia del Espíritu. Unos hombres pusieron las manos y Dios el evangelio. La debilidad viene del predicador, no del mensaje.

Aprender en lo bueno que el ayer nos dejó y mirar con esperanza el futuro, es buena disposición para vivir hoy ese nuevo pentecostés que es la nueva evangelización. Nuevo espíritu evangelizador, nuevo entusiasmo, nueva esperanza, nueva misión ante los desafíos de una sociedad también nueva. No se trata, pues, de un proyecto de pasado y retaguardia, sino de una perspectiva con futuro abierto, llena de esperanza.

Como he tenido ocasión de decir más veces, no es historia de ayer. La Rábida, y su Monasterio de Santa María, pueden haber quedado escritos para siempre en la historia como lugar al que llegara, y punto de donde partiera las ilusiones y los proyectos de un navegante apenas conocido.

Mas el convento franciscanos de La Rábida es anterior y vive más allá de la fecha del Descubrimiento de América. Es casa de

Dios, horno y fragua de misioneros, convento franciscano. Lo que pudiera parecer insólito, era en esta casa vida de cada momento: acoger y escuchar al que llegare, bendecir continuamente al Dios Altísimo y buscar su gloria en todas las criaturas, en las que están y en la que hay por descubrir, siempre aprestados y dispuestos a emprender nuevos caminos para buscar a los hombres y vivir entre ellos como hermanos y hablarles de la misericordia de Dios.

No son cosas de ayer, recuerdos de la casa solariega. El convento de La Rábida es lección permanente en la que se pueden aprender unas actitudes ejemplares: acogida y escucha al hombre que llega y a las ideas que trae, compartir el pan y la fe, ayudar en la empresa nueva y permanecer fiel, abrirse a lo nuevo en generoso espíritu misionero. Nadie es ajeno. Y todos son hermanos, pues Dios es el Señor y creador de todo.

Ha pasado el tiempo. Hacia lo desconocido salieron y de lo mejor que teníamos mandamos. De América llegaron barcos y beneficios. El convento franciscano, si algo había dado, lo diera a cambio de nada. Continúa rezumando modestia y sencillez, con la alegría de poder servir y alabar a Dios. Siempre habrá hombres llenos de ilusiones a los que escuchar y mundos nuevos por conocer.

4. El espíritu de la “La Rábida”

Con motivo de la conmemoración del quinto centenario del descubrimiento y evangelización de América, se celebraron una serie de congresos internacionales de carácter histórico sobre la acción de las órdenes religiosas, y en particular sobre los franciscanos, en la evangelización de nuevo continente.

Se han publicado unos volúmenes con las actas correspondientes. Todo ello constituye un caudal de investigación, al que no puede dejar de acudir el estudioso que desee conocer la historia de la evangelización de América. Aquella obra de los congresos franciscanos de La Rábida, debe continuar en otras muchas actividades que tengan el marchamo y estilo de lo que podríamos llamar “el espíritu de la Rábida” y que ahora me permito recordar:

1. Amor a la verdad. La verdad es camino para la auténtica libertad. Ese amor a la verdad es el que nos ha guiado desde el primer

momento. Aceptando positivamente la disparidad de criterios y huyendo de interminables e infundadas polémicas que a nada conducían.

2. Investigación histórica. En el convencimiento de que solamente con el dato objetivo contrastado, con el documento auténtico, con la seria reflexión que sitúa al hombre en su época y su contexto histórico, se puede llegar a ese propiciado conocimiento de la verdad.
3. Adentrarse en el pasado para saber caminar por el futuro. Sin romper la unidad del tiempo. Ayer y mañana unidos en el presente, para aprender y construir, para rectificar, si hubiere caso, y para consolidar el trabajo otrora emprendido.
4. Con integración de saberes. Historia, arte, eclesiología, cultura... Conocimientos distintos dándose cita en una imprescindible tarea de síntesis que superara la disgregación y la superficialidad.
5. Lo universal como espacio de interés. Si el objeto preferente de estudio era América y lo franciscano, nunca se ha olvidado el sentido universalista de estos encuentros, tanto en la dimensión de los estudios como en las características de los participantes. El nuevo mundo ya no es América, sino los hombres renovados por un testamento, un evangelio y un mandato que son siempre nuevos.
6. Intención evangelizadora. Como expresión de lo que constituye la primera motivación de nuestro trabajo como creyentes y seguidores del Señor Jesucristo. Una evangelización que pasa por el interés de todo aquello cuanto atañe al hombre, por el diálogo entre la fe y la cultura, por la liberación en su sentido más íntegro y evangélico.
7. Con espíritu franciscano, que es de oración y devoción, de fraternidad abierta y gozosa, de pobreza como criterio de valoración de todas las cosas según Dios y de minoridad y alegría, sabiendo que el bien y la paz son regalos que el Señor Altísimo hace siempre a los que han tenido la bendición de tener como hermanos a todos los hombres.

Quiero terminar con las palabras que decía al comienzo de aquellos congresos, en este mismo lugar y allá por el año 1985:

Hace quinientos años que comenzó aquí en el convento de Santa María de La Rábida, la historia de los franciscanos en el nuevo Mundo. La hospitalidad y la sabiduría de unos hombres hicieron posible la realización de una gesta inigualable. Desde aquel día en que Colón llegara a este convento, el Monasterio Franciscano de la Rábida comenzó a ser algo más que simple lugar histórico, “cuna del descubrimiento”, para convertirse en una especie de “lugar histórico-teológico” desde el que se puede comenzar a comprender y valorar ese capítulo de la historia de la salvación que es la acción evangelizadora en América. Hoy, este mismo convento puede ser lugar privilegiado en el que se acierte a comprender mejor el admirable y fecundo, pero siempre inacabado capítulo, de la historia franciscana en América.